

Con D. Jaime de Borbón, hablando de la República

¡LA MONARQUÍA HA ACABADO!

—Entonces, ¿la República...?

—¡La República! ¡El Comité revolucionario, presidido por Alcalá Zamora, se ha posesionado del Poder, y ha comenzado a dictar decretos!... ¡El Ejército y las fuerzas de policía le apoyan resueltamente!... ¡Los presos políticos han sido liberados!... ¡Los emigrados van camino de Madrid!... ¡Hay una alegría delirante en toda España!...

—Y... ¿y don Alfonso?

—Don Alfonso ha embarcado en Cartagena y viene a Francia. Su familia también ha debido de dejar ya Madrid... ¡La Monarquía...!

Me detengo bruscamente. Arrebatado por el entusiasmo iba a gritarle: "¡La Monarquía ha acabado para siempre!", a mi interlocutor... Y mi interlocutor se llama don Jaime de Borbón y Borbón...

El no parece advertir mi azoramiento. Hundido en su butaca, con la cabeza un poco inclinada, se ha quedado silencioso, pensativo...

¿Qué piensa?...?

Es el 15 de abril. Ayer se ha derrumbado uno de los últimos grandes tronos del Mundo: ¡el último de su familia! Y ¡cómo ha caído!... ¡En unas elecciones de concejales, como caen los recaudadores de consumos y los alguaciles! ¡Ah! ¡Qué lejos están Enrique IV y Luis XIV! ¡Qué lejos la sombra patética de Luis XVI!...

¿Qué piensa, sumido en su butaca, cabizbajo y absorto, don Jaime de Borbón?...

Yo lo contemplo, pensativo también.

¿Y si en vez de don Alfonso este hombre hubiera sido rey de España?... ¿Habría sido un buen rey este señor de cabeza enérgica, de mirada viva, inteligente?... Carlos V, Carlos VI, Carlos VII, Jaime III, ¿no habrían valido más que Isabel II, Alfonso XII, Alfonso XIII?...

¡Fantasías! La voz de don Jaime me vuelve a la realidad.

—De modo que ¿la República en toda España?

LOS JAIMISTAS APOYARAN AL GOBIERNO

—Es—dice, después de otro rato de silencio—una hora crítica para nuestro país... El Gobierno provisional va, quizá, a verse atacado desde la derecha y desde la izquierda, y sin embargo, hace falta que se sostenga. Por el momento, es garantía de orden y de paz. Yo no comparto, naturalmente, muchas de las ideas de los hombres que lo forman, pero no cometeré la injusticia de negarles honradez, talento y patriotismo... Figuras como las de Lerroux, Alcalá Zamora, Azaña, Prieto, Marcelino Domingo y Maura me parecen de un indudable valor.

—Y los jaimistas, ¿los apoyarán?

—Los jaimistas los apoyarán resueltamente, has-



Don Jaime hablando con Sánchez-Ocaña.

ta que se celebren las elecciones y el Parlamento exprese, en definitiva, la voluntad nacional...

EL RESPETO A LA REPUBLICA

—¿Y si, como parece probable, la voluntad nacional se decide por la República...?

—La respetaré... Yo no podía acatar la soberanía de la familia que acaba de salir de España, porque el Trono no le pertenecía; por que lo usurpaba; ¡porque yo era y soy el único representante legítimo del principio monárquico en nuestra patria! Ante la República, que no comete ese fraude, ante la República, creada por la voluntad nacional, no tendría más remedio que inclinarme...

—¿Y renunciar?...

Don Jaime me ataja vivamente:

—¿A mis derechos? No. Yo no puedo renun-

ciar a mis derechos al Trono. No son míos. Son una herencia histórica que tengo que conservar. Yo soy el rey legítimo de España; el representante del principio monárquico. Yo y nadie más que yo, encarna la gran tradición monárquica de nuestro pueblo. Y no hay más monárquicos que los legitimistas...

La cabeza erguida, el puño plantado sobre la mesa que tiene delante, don Jaime habla con energía, casi con pasión.

—Pero que no renuncie a mis derechos—continúa—no significa que hostilice a la República. Si España quiere la República, el deber de un buen español es respetarla, aunque contrarie sus ideas y sus sentimientos...

ESPAÑA...

—Quizá—insinúa—, quizá con la República pueda irse a vivir allá...

Don Jaime me mira.

—¿A España?

—Sí. A España.

Mueve blandamente la cabeza.

—Quizá...

Y se queda callado, abstraído.

—Es hermosa nuestra tierra...—murmura, al cabo de un rato—. Es hermosa... ¿verdad?

—¿Que si es hermosa!... ¡La tierra más hermosa del Mundo!

—Alicante... ¿Usted conoce Alicante?

—Sí.

—¿Y Málaga?

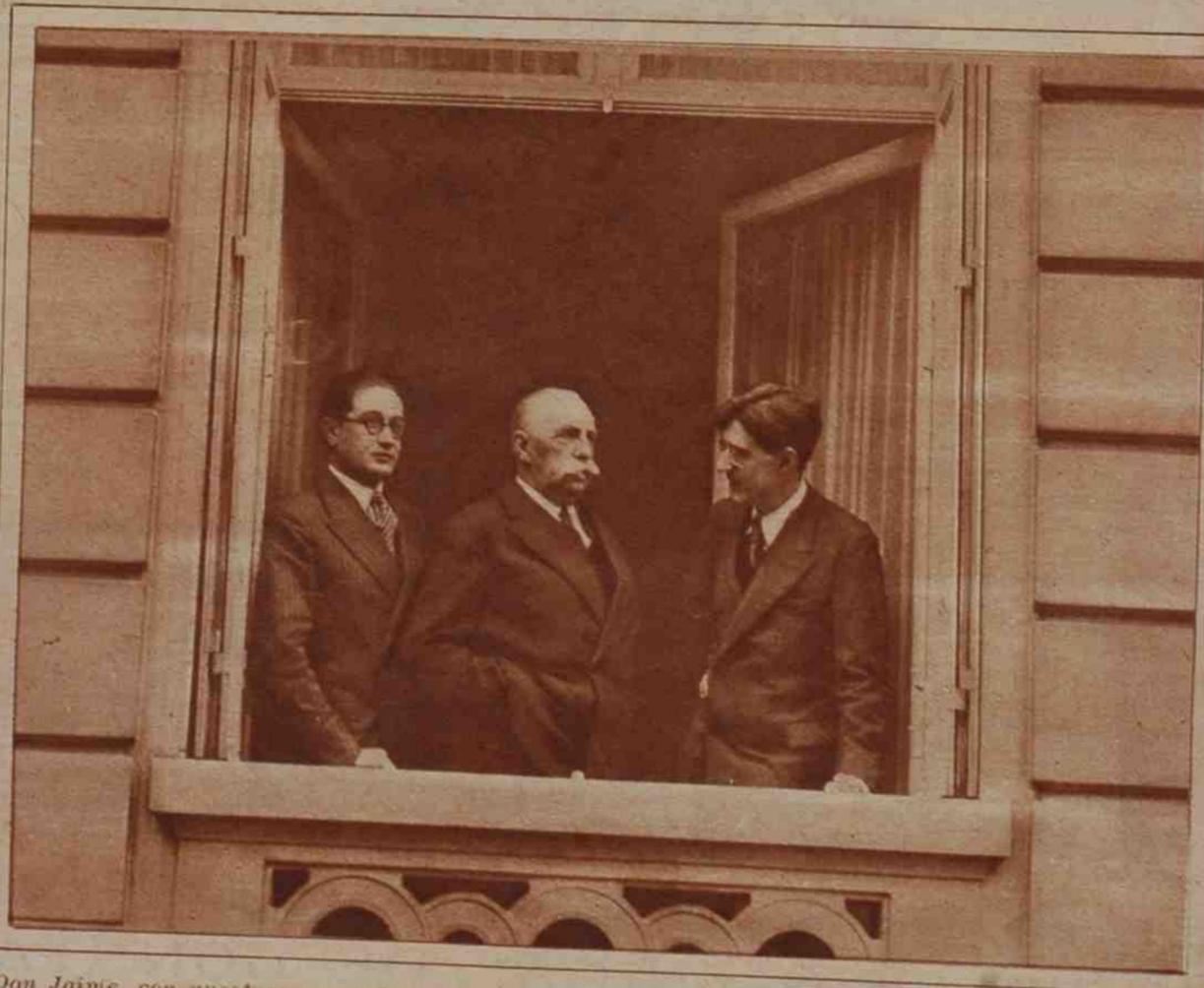
—También.

—Hay sol... Siempre hay sol allí, ¿verdad?

—¡Siempre hay sol!

—¿Y un cielo muy azul... ¿Y flores?... ¿Y casitas blancas al borde del mar?...

—Y un cielo azul... Y flores... Y casitas blancas al borde del mar...



Don Jaime, con nuestros compañeros Sánchez-Ocaña y Melgar, asomado al balcón de su casa de la avenida Hoche, de París.

V. SANCHEZ-OCANA

(Fotos Trampus.)